

era, en verdad, su fuerte. Por quitarme allá esas pajas se exaltaba y decía de una hasta ciento, echando fuego por los ojos: todo se le perdonaba, sin embargo; que no merecían menos su buena índole y laboriosidad infatigable. Su locución era un baturrillo mareante, al que no se podía tomar atadero; porque, sobre padecer manía incoherente, hablaba por los codos, en especial á solas, contestando entonces, sin darse punto de reposo, á lo que, por alucinación, oía á personas conocidas, aunque muy alejadas. Repetidas veces le afeé con muy buenas palabras esta mala costumbre: sermón perdido; siempre prediqué en desierto. Quise un día apretar el argumento; y como él tenía, además, la gracia de las ocurrencias felices, pasó entre los dos este breve diálogo:—*Al que habla á solas hay que ponerle sal en la mollera.*—*Perdone V.; que puedo citarle á alguien que hablaba á solas, y es sapientísimo y respetabilísimo.*—*¿Quién?*—*Dios.*—*¿Dios?, no lo entiendo.*—*Pues ¿con quién hablaba el Criador cuando dijo: fiat lux?*

Con un comprofesor y colega en el Hospital visité en junta á cierto sujeto de condición modesta, que padecía el delirio de riqueza y superioridad, iniciativo de la parálisis general. Había concebido el proyecto de traer á Barcelona todo el caudal del río Noya, desviándolo arriba de Martorell; obra más atrevida y grandiosa que la del *Acqua Vergine*, en Roma, y con la que prometía inundar el llano de nuestra ciudad, siempre necesitado de riego, poco menos que como las periódicas avenidas del Nilo anegan y fertilizan las regiones de Egipto. A pesar de que esta empresa era sólo un germen monstruoso que se alimentaba de una gestación delirante, y jamás había de llegar á alumbramiento, dábala por llevada á feliz término, y gozábase, ya con la contemplación del tesoro que llenaría sus arcas, ya con el pensamiento de hacer partícipes á sus conciudadanos del fabuloso negocio y ventura. Recibió nues-

tros consejos y prescripciones como el que, atendiendo más á su desvarío que á las palabras que se le dirigen, oye y no escucha; y, al despedirnos, llamó aparte á mi colega, y con mucho sigilo le agradeció el haberle dado á conocer una persona como yo, de quien dijo que era un sabio—en lo cual anduvo, antes que loco, bobo;—pero que, vislumbrando por mi continente y porte, que no era rico—y en esto ya no estuvo bobo ni loco, sino asaz cuerdo,—quería regalarme medio millón, ignoro si de duros ó pesetas: piquillo, sin embargo, que, en uno y otro caso, hubiera aceptado yo de mejor gana que una resma de acciones de su empresa.

No le daba por las riquezas materiales, sino por las literarias, á un ingeniero, que, al tiempo de entrar en mi Manicomio, vivía en el mejor de los mundos posibles; picábase de entendido *in omni re scibili et quibusdam aliis*,—aunque, en realidad, sabía algo;—era un argumentador impávido y recalcitrante; escuchábase al hablar; sus lucubraciones no tenían cuento; y, sobre todo, se jactaba de haber traducido en verso la *Eneida* al castellano, al francés, al alemán, al inglés, al portugués, al griego y al sanscrito.

Muchos año há —y este dato cronológico no es indiferente aquí— que un sastre de cierta villa de Cataluña —cuyo nombre tampoco sería indiferente el declarar— vino al mismo asilo, llena la cabeza de viento de bienandanza y dicha, no para sí solo, siño para España entera, y aun para la humanidad de ambos á dos hemisferios. Traía unos papelotes, escritos de su mano, sin duda más diestra en pasar la aguja que en poner la pluma, de los que yo no entendí una jota, ni sé si él me hacía en esto gran ventaja, por cuanto explicaba, que no leía, el contenido de sus confusos garabatos. El cual nos fiaba que todos seríamos buenos, sabios y ricos. España, Europa, el Mundo iba á convertirse en otra tierra de Jauja. Una paz imperturbable coronaría esta obra de mirífica transformación. La Re-

pública: hé aquí la panacea que había de curar todos los males del linaje humano, y traerle una salud, aunque terrenal, eterna. Éste era el plan desarrollado en aquellos borrones. Su autor, bondadoso, pacífico, amigo de temperamentos y composturas, quería llevarlo á efecto sin violencias, trastornos ni disturbios. En primer lugar, estaba persuadido de que nadie, por interés ó repugnancia, lo rechazaría, puesto que aseguraba el concierto y bienestar universales; y luego, huía de mover tempestades introduciendo innovaciones quiméricas y lastimando personas. Amanecer el día de mañana, y levantarnos republicanos los que nos acostamos monárquicos; entonar la Iglesia el *Domine, salvam fac Rempublicam*, echando á vuelo las campanas; poner la milicia en el ábside de los templos las banderas, y enarbolar las águilas romanas; la nobleza archivar sus pergaminos como á códices históricos; el estado llano tutearse con arzobispos, optímates y alcaldes; los tribunales de justicia aplicarla en nombre del pueblo soberano; las Universidades enseñar las teorías trascendentales y los resultados prácticos de la libertad, igualdad y fraternidad, tres cosas que el loco decía ser muy buenas, porque así se lo habían asegurado los franceses, vecinos suyos; todos apagar la sed en las fuentes de la felicidad pública; y aquí paz, y después gloria. Estudiada tenía asimismo la escena capital de este grandioso drama: á la augusta persona que ocupaba el trono de los Reyes Católicos — queríala bien á ella, porque, algún tiempo antes, su madre le había devuelto el saludo al pasar por cierta calle de Burdeos, — invitarla con buenos modos á descender de su alto asiento, inquirir sus propósitos ó deseos, y, si eran de ausentarse de España, acompañarla á la frontera, y allá despedirla con los honores y miramientos debidos á su jerarquía y sexo.

Como éstos son los enajenados más simpáticos: los que cautivan la voluntad, mueven la mayor conmise-

ración, é interesan á cuantas personas los tratan ó á ellos se acercan; los que en los manicomios sobresalen entre los recogidos, tienen aptitud para varios trabajos, se prestan mejor á las combinaciones del tratamiento moral, agradecen los cuidados que se les prodigan, pagan en cierta manera con sus servicios la asistencia que reciben, y, al ser dados de alta ó fallecer, dejan tan buenos recuerdos, que pronto borran los de sus extravíos, tendencias malas ó arrebatos peligrosos, si los tuvieron. Además, favoréceles el carácter particular de sus temas, que, en rigor, suele ser la exageración de sus prendas intelectuales y morales, ingenio, travesura, valor, nobleza, laboriosidad, esfuerzo, cariño, patriotismo y otras por el mismo estilo; en términos que lo patológico de estas cualidades apenas si se distingue de lo fisiológico, en algunas ocasiones, y aun en todas suspende y embelesa la mayor energía que les comunica.

Don Quijote pertenece á la clase de los orates simpáticos, cuyas mejores circunstancias reúne en su persona, subidas de punto, bien y agradablemente combinadas en el doble aspecto de delirio y juicio.

Su locura es ideal.

Aun cuando el idealismo, en sus conceptos filosófico y literario, no vaya siempre por el camino de la verdad, porque tal vez amengua la actividad de la inteligencia como sistema psicológico, y falsea ó restringe la belleza como procedimiento artístico; todavía, en absoluto, dentro del círculo de lo exclusivo, lleva indecible ventaja al materialismo, que convierte al hombre en una máquina de movimientos necesarios é irrepreensibles; y al naturalismo, que recoge los materiales para sus obras entre los desperdicios de la plaza pública. ¿Qué importa que en el comercio social, en la vida práctica, quizás provoque el idealismo contrariedades y conflictos, desabrimientos y dolores, ni que su poesía dulce haya de pugnar con la prosa de la realidad, tan á me-

nudo amarga; qué importa, repito, si, por otra parte, eleva siempre el alma á las regiones de lo infinito, y abre el corazón á los goces de mayor pureza, sin consentir que á la una esclavice la tiránica materia, ni al otro venzan y degraden los apetitos desordenados; y si en este buen temple alientan vigorosamente el ingenio y la magnanimidad, el valor y la nobleza, la moderada estimación propia y el amor al prójimo; todo, en fin, lo que más dignifica y enaltece al hombre, y es el móvil de sus acciones más generosas y trascendentales?

Este idealismo es el espíritu de la locura de Don Quijote. Proteger doncellas, socorrer viudas; amparar casadas, huérfanos, pupilos y menesterosos; premiar humildes, castigar soberbios, enderezar tuertos, deshacer agravios; y, por digno complemento, limpiar de malandrines la tierra; ¿qué destino más sublime puede en ella caberle al hombre, ni qué aspiraciones pueden ser un estímulo más vivo para sus empresas? Por cierto que si la de dar la mano á todo linaje de desvalidos, ni aun en nuestros tiempos, infatuados de filantropía, ha perdido la oportunidad, nada menos que esto; tiénela, por desgracia, mucho, y la tendrá hasta Dios sabe cuándo, la de acabar con los follones de toda laya, que infestan campos y ciudades, y acaso se introducen invercundamente en el escenario de la vida pública, cubiertos con antifaz de honradez y adornados con oropel de dignidad.

La locura de nuestro héroe, en la que está idealizada una realidad tangible, nace de un sentimiento, parte integrante de la naturaleza moral, que de fisiológico pasa á patológico en el cerebro del Hidalgo, pues sobreexcitada esta entraña por lo maravilloso de las lecturas y la fatiga de los insomnios, contrae la viciosa aptitud, si es lícito decirlo así, de pervertir sensaciones y extraviar ideas; no de otra suerte que una alteración morbosa de la retina trueca para el enfermo el color de

los objetos, otra de la lengua el sabor de los manjares, y las de los demás órganos sensitivos las impresiones de sus excitantes propios. El idealismo del Andante no es una quimera inexplicable, peregrina, sin enlace íntimo con la condición moral del sujeto y el carácter particular de su locura; no: es el idealismo sano elevado á lo último de su potencia, y, por tanto, incompatible con el concierto de las funciones psíquicas, con la vida normal de la mente, al modo que la actividad extrema de la circulación consume la vida del cuerpo con el incendio y carbonización de la sangre.

Pregunta don Lorenzo el poeta novel á Don Quijote, qué ciencias ha oído, y éste le responde: *la de la caballería andante, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más;* y, enumerando en seguida las partes de que se compone el que la profesa, añade: *y, volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla.*—Antes ha dicho á don Diego de Miranda que sobre todos los caballeros que entretienen, alegran y honran las cortes de los príncipes, parece mejor un *andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera.* Idealismo puro.

Véase ahora cómo no dejan duda acerca de él sus dos consecuencias ó resultados inmediatos: el mejoramiento moral que percibe en sí mismo quien lo profesa, y el espíritu de sacrificio de que con alegría se siente poseído. *De mí sé decir que, después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor*

de trabajos, de prisiones, de encantos, fueron palabras de Don Quijote al Canónigo.—Más altos puso los puntos cuando dijo á Vivaldo: somos (los caballeros) ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia. Al mismo caminante, que le preguntó la ocasión que le movía á andar armado, contestó: el ejercicio de mi profesión no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen porte, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos; y luego: no quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el de encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso, y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida.—Al del Verde Gabán dijo: El andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos des poblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos á todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y así, el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante.

¡Oh! bien haya el idealismo, que enardece la fe, levanta el ánimo, estimula el valor, despierta y vigoriza

todas las virtudes! No ha dado nunca, ni dará jamás el materialismo hombres ni pueblos que corran á las armas y á la muerte denodados y gozosos apellidando religión, patria, independencia y gloria: sagrados nombres que para él han de ser siempre vanos. Guzmán el Bueno, que rinde á la lealtad el tributo de su propia sangre en la sangre de su hijo; Hernán Cortés y sus quinientos bravos, que, allende los mares, dan cima á la expedición increíble, propia de los tiempos fabulosos, de conquistar para España un imperio más dilatado que ella; las bandas allegadizas del Bruch, los soldados de Bailén, los mártires de Gerona y Zaragoza, que miden sus armas con las del Capitán del siglo, vencedoras en cien batallas; héroes son, que se abniegan, y peléan, y vencen ó sucumben alentados por el idealismo de Dios, patria y libertad. No es esencialmente distinto el de Don Quijote, por más que anide en una cabeza enferma: sólo está puesto en el punto de mayor energía y descarriado, á la manera que tal vez en el calenturiento convertida la visión en fotopsia * y el habla en locuacidad, por la fuerza del delirio.

Acometer un solo caballero á más de treinta desaforados gigantes; vengar al mal ferido ó muerto caballero que va en unas andas, custodiado por otros veinte, que, en la tenebrosidad de la noche, cabalgando con hachas encendidas en las manos, no parecen sino fantasmas; libertar á la hermosa y principal señora, cautiva de follones y descomedidos malandrines, encamisados y enlutados; reñir batalla con el Caballero de los Espejos, únicamente para hacerle confesar que Casildea de Vandalia no iguala en hermosura á Dulcinea del Toboso; meterse por medio de la multitud de espadas con que van á entrar en furioso combate los partidarios de Camacho el Rico con los de Basilio el Pobre, y

* *Fotopsia*, lesión del sentido de la vista, á causa de la cual percibe el que la padece chispas, centellas y como regueros de luz, aun teniendo cerrados los ojos.

blandir la suya por éste, en sostenimiento de la estratagema con que acaba de robar al otro su novia, la más contenta que burlada Quiteria la Hermosa; hacer renuncia temporal de la hidalguía para desafiar al dañador de la mala doncella, hija de la buena doña Rodríguez, y presentarse en el campo y estacada para reñir con él, vencerle y obligarle á reparar su tuerto: todo esto se llama en términos propios hacer esplendoroso alarde de valentía, combatir por la defensa del inocente, el amparo del desvalido, el castigo del malvado, la venganza del ofendido y el triunfo de la justicia; ofrecer la vida por la honra y el deber que impone la cuasi religión austera de las armas, sin mira á medro alguno ni opción á otra recompensa que la puramente ideal del aplauso, gloria y renombre. ¡Bizarro caballero, que, loco y todo, es espejo al que debieran mirarse muchos cuerdos!

No implica que, puesto en tan arriesgados casos, los gigantes se conviertan en molinos de viento; y los caballeros que acompañan al yacente, en sacerdotes y mozos que conducen desde Baeza unos huesos para depositarlos en su sepultura de Segovia; y la hermosa dama y los bellacos raptos suyos en una imagen de la Virgen, y unos disciplinantes que la llevan en procesión para alcanzar de Dios que llueva sobre la árida tierra; y el Caballero de los Espejos en el bachiller Sansón Carrasco, hecho y derecho, en su mismo rostro, figura, aspecto, fisonomía, efigie y perspectiva; y Basilio en un mancebo listo, más industrioso que necesitado, á pesar de su sobrenombre; y el que robó á la pucela dueñesca la mejor prenda, en el lacayo Tosilos, que, volviendo á mirar á la muchacha, echa de ver que más cuenta le tiene darle su mano que recibir un bote del brioso contendiente, que sale por enderezador del desaguizado. Envidiosos magos que persiguen sin tregua al Caballero, hacen tales transformaciones para quitarle la gloria de los vencimientos: pero esto no puede ser

parte á menoscabar el concepto de su ánimo, arrojo y tal vez heroísmo.

Así es la verdad; porque una hazaña peligrosa ó una empresa atrevida, insigne hecho será siempre, digno de prez, á pesar del mal éxito á que la llevarén dificultades que pudo prever la prudencia si no la cegara una confianza excesiva; acaecimientos que burlaron las combinaciones mejor dispuestas; ó adversidades contra las cuales nada valen las humanas fuerzas. A Felipe II, que, para altos fines de su prepotente política, supo aparejar la armada *Invencible*, espanto de Inglaterra y asombro del mundo, ¿quién le negará, sin injusticia notoria, gallardía de espíritu, porque malograsen su expedición, desbaratando y casi destruyendo aquel formidable, y hasta entonces nunca visto, aparato bélico la ineptitud y flaqueza de un caudillo; la negligencia, si no mala voluntad, de otro; la confusión y desconcierto de los capitanes; el descorazonamiento de los soldados; la escasez de las vituallas, las enfermedades, el furor de los vientos y la braveza de las olas? « Los » sucesos de la mar son varios, como se sabe, dijo el » gran rey en carta de encargo á los prelados.... y, » como de todo lo que Dios es servido hacer se le deben » dar gracias, yo se las he dado desto y de la misericordia que ha usado con todos, pues, según los tiempos » contrarios y peligro en que se vió toda el Armada de » un temporal recio y deshecho que la dió, se pudiera » con razón temer peor suceso;» y al archiduque Alberto, gobernador de Portugal, que le pedía noticias escribiendo parecer encanto el no saberse de la Armada, contestó solamente: « por la relación que va con » ésta, que me envió el Duque de Medina-Sidonia, » veréis en qué paró el encanto*.» No le hubo para Felipe, sino realidad desnuda y cruel. Por la inversa,

* FERNÁNDEZ DURO (D. CESÁREO), *La Armada Invencible*; Madrid, 1884; tomo I, págs. 132 y 133.

Don Quijote vino á decir muchas veces, después de sus acometidas: « Yo me puse en la demanda para pelear cuerpo á cuerpo, á ley de caballero; no á la de seres malvados y felones que, siendo invisibles, búrlanse del contrario y le hieren á mansalva: la verdad clara, aunque amarga, es que en mi desventura no ha habido vencimiento sino encanto. »

Vense en la locura de nuestro buen caballero algunos rasgos que tienen cierta semejanza con los más notables de los simpáticos orates arriba citados.

Aunque es como instintiva la afección de la mujer maniaca á la anciana, y razonada la de Don Quijote á cuantos le tratan cortés ó cariñosamente; todavía merecen recordarse dos hechos que declaran la bondad de su corazón.— En la noble contienda con el Canónigo sobre los libros de caballerías, termina un galano discurso entremezclando, por extraña manera, dislates de delirante con discreciones de agradecido. *Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.* Repetidas veces, ante personas diferentes, protesta lo mismo, en prendas de su anhelo de mantener la palabra que ha dado al infeliz crédulo que le sirve á merced en el escuderial oficio. Lo cierto es que tal promesa no se la lleva el viento, pues, al hallar Don Quijote en Sierra Morena la maleta podrida y deshecha, que, envuelto en un pañizuelo, contiene un montoncillo de escudos de oro, manda á Sancho que los guarde y tome para sí.— Vuelto á su aldea, después del fracaso de Barcelona, cuando la Sobrina y el Ama, oyendo que trata de hacerse pastor, reprueban, con el Cura, el Bachiller y el Barbero, esta determinación, y quieren per-

suadirle á estarse en su casa y atender á su hacienda; *callad, hijas, les dice, que yo sé bien lo que me cumple..... y tened por cierto que, ahora sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra.* Aquí podrá oponerse el reparo de que el cariño que estas palabras testifican era anterior á la locura; mas de lo mismo se infiere que resistió la fuerza del delirio, á la que comunmente sucumben todos los afectos sanos.

Con la entereza del marinero vizcaíno puede compararse la de Don Quijote después de su batalla con el ascendiente de aquél. No hay por qué recordar si fué reñida, ni cuán furioso se puso el Caballero al sentirse desarmado del lado izquierdo, y quedarse muy maltrecho por el terrible golpe del arma de su contrario; mas todo esto fué poco para la rabia que le dió luego el ver rota su celada; de manera que, puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, juró con toda solemnidad, á imitación del Marqués de Mantua, no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar hasta vengarse del que tal desaguisado le había hecho. Pero, objetándole Sancho que si el caballero vencido cumple con lo que se le ha ordenado, de ir á presentarse ante la señora Dulcinéa del Toboso, ya habrá satisfecho lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito, responde el Andante: *has hablado y apuntado muy bien; y así, anulo el juramento en cuanto á lo que toca á tomar dél nueva venganza.*

Como el maniaco pescador catalán, que, en edad madura, vive aún de los recuerdos de aquella gloriosa escuadra, á la cual consagró los bríos juveniles; y doquier que ahora contempla izada la bandera española, ve honra, pujanza y prepotencia indisputables; y con sola nuestra *Numancia* promete, si le dejan, echar á pique toda la armada británica; tal Don Quijote se recrece y transporta al hablar de los caballeros andantes,

y pone sobre las nubes los libros que sus hazañas cuentan. En la conversación, tantas veces citada, con el Cura, el Bachiller y el Barbero, dice: *Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme: ¡cuántas historias están llenas destas maravillas! ¡Había, enhoramala para mí (que no quiero decir para otro), de vivir hoy el famoso don Belianís, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula! que si alguno destes hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia.*—Siendo luego sabedor de que andan ya en estampa sus altas caballerías, quédase pensativo imaginando que, por arte de encantamiento, las habrá impreso algún sabio, si amigo, para engrandecerlas, si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles; pero se consuela algún tanto persuadiéndose de que, si en verdad hay tal historia, siendo de caballero andante, por fuerza ha de ser *grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera*. Podrá este pasaje parecer á alguien no más que una agudeza satírica de Cervantes contra los libros de caballerías; pero yo lo estimo al mismo tiempo como un toque muy bien dado en la pintura de la vesania del Hidalgo; toque con el cual tiene alguna analogía una particularidad del jactancioso delirio del pescador catalán, es á saber, el firmísimo convencimiento de que los callaínos, á pesar de la mala pasada que les jugaron las naves españolas, no pudieron menos de cantar un himno á la victoria que combatiéndoles alcanzaron; y de que no habrá en mares ni en tierras lengua que no encomie, ni pluma que no publique el valor é intrepidez de los que en ellas servían.

De las dificultades en que ponen á Don Quijote ciertos sucesos, y que no puede desatar su ingenio, sálese bonitamente, como el loco cajista, por la puerta falsa de

lo invisible, fantástico ó sobrenatural; esto es, haciendo intervenir potestades superiores en el malogro de sus actos de valentía y aun en hechos insignificantes, manejándolas con el desenfado que el titerero las figuritas de su retablo.— Por fortuna, detienen los molineros el barco en que él y Sancho pausadamente navegaban Ebro abajo, y que ya iba entrando en el canal de las ruedas del molino; caen entrambos en el agua, de la que aquéllos les sacan no sin trabajo; porfía el Caballero sobre que le den libre y sin cautela á la persona ó personas que en la aceña, castillo para él, están oprimidas; búrlase uno, y llámale hombre sin juicio, lo que en otra cualquiera ocasión bastara á Don Quijote para andar al pelo con el deslenguado; mas entonces, reducido quizás á la templanza y sosiego por la virtud sedativa del baño que acaba de tomar, bien que sin quererlo, se limita á decir, no á los circunstantes, sino entre sí, para que se vea su filosófica paciencia: *Basta; aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras; yo no puedo más.*— Materia es la de los magos, perseguidores suyos, sobre la cual discurre siempre con la misma lógica delirante, algo débil, sin embargo, contra ciertos reparos que vendrán en ocasión oportuna. Del encanto de Dulcinea habla así á la Duquesa: *otro día, habiéndola visto Sancho, mi escudero, en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y, pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos.* No de otra suerte

discurría el cajista: «—Yo no siempre hablo á solas, sino » las más veces con Fulano y Zutano, que, si bien están » muy lejos de aquí, me provocan é insultan: los que » no les oyen son los sordos, ó los tontos, que no entien- » den sus malas razones; no yo, que tengo muy buen oído » y mejor juicio.» Y nadie le sacaba de aquí, á pesar de que sus más frecuentes altercados eran con una respetable persona que residía entonces en *Belén*, Casa de Convalecencia del Manicomio, sita á poca distancia de la cumbre del *Tibidabo*. ¡Maldito teléfono la alucinación acústica!

Asimismo la liberalidad del orate proyectista, la presunción literaria del ingeniero, los castillos en el aire del sastre soñador y la jactancia de los tres se entreven, y á veces se distinguen claramente en la locura de Don Quijote.

A las dos mujeres mozas del partido que, andando á mal andar con unos arrieros, están acaso á la puerta de la venta del andaluz, salúdalas con el dictado de *altas doncellas*, cosa tan fuera de su profesión, añade el historiador, que las mueve á risa; y porque, en la parodia de ser armado caballero, la una le ciñe la espada y la otra le calza la espuela, ruégales le hagan merced de llamarse de allí adelante *Doña Tolosa* y *Doña Molinera*, con dar de suyo harto estos nombres mondos y escuetos de las hijas del remendón y del molinero, para que no tengan que ponérseles añadiduras ni cortapisas, ni los arrequives de dones ni donas que honrada y discretamente rehusaba para sí Teresa Cascajo; aunque hoy, quisiéralo, ó no, por seguir la moda, debería aceptar la coletilla de *Panza*.

Alabando en el autor de la *Historia del valeroso é invencible príncipe Don Belianís de Grecia* aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, *muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin, al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros*

mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. —Leído el soneto del librito de memoria que dentro de la maleta se halló en Sierra Morena, dice de su ignorado autor: *á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte;* y, preguntado por Sancho: *luego ¿también se le entiende á vuestra merced de trovas?* contesta: *y más de lo que tú piensas; y veráslo cuando lleyes una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades ó gracias, por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes.* —Pocos autores de historias de caballerías, si alguno, aventajarán en riqueza de fantasía, y ménos en galanura de estilo, á Don Quijote al narrar las dos aventuras que improvisa departiendo con Sancho y el Canónigo, respectivamente; la del Caballero del Sol, vencedor del gigantazo Brocabruno y desencantador del gran Mameluco de Persia; que llega á la corte de un gran mōnarca, se enamora de la Infanta, su hija, parte á la guerra, derrota al enemigo, conquista muchas ciudades, vuelve, y se casa con su amada; y el hecho inaudito del Caballero del Lago, que se arroja en uno bullente, debajo de cuyas negras aguas se le ha anunciado que yacen los siete castillos de las siete Fadas; y allí se le ofrece á los ojos una apacible floresta, y un vistoso alcázar de oro, diamantes, jacintos, carbuncos, rubíes, perlas y esmeraldas, y un buen número de doncellas que le sirven y agasajan, con otra encantada, que es más hermosa que ninguna de las primeras, y le cuenta maravillas que le suspenden.

Nada enardece tanto el espíritu de Don Quijote ni más le encariña con su profesión que el cumplimiento del alto destino que le ha cabido en la tierra: *Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de*

oro, ó la dorada, como suele llamarse : aquella edad que con tan risueños colores pintó en su inimitable discurso á los cabreros; edad mucho más próspera, sin duda alguna, que la prometida en los cartapacios del sastre políticomaniaco. — A semejanza de éste y de todos los orates, y aun de los no orates, innovadores y proyectistas, lucha con la incredulidad é indiferencia de los que se hacen los sordos al anuncio y explicación de la reforma por la cual se desvive, y llega casi á vituperar su frialdad. Por esto dice al Cura y al Barbero: *sólo me fatigo por dar á entender al mundo el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes.* — Y bien como el sastre quería meternos en el gremio de su pacato republicanismo á los que su fantasear escuchábamos; así, á lo reformador junta Don Quijote lo propagandista, pues despidiéndose de don Lorenzo, precisamente de aquél á quien poco antes ha calificado nada menos que del mejor poeta del Orbe, dirígele con singular seguridad estas palabras contradictorias del anterior concepto: *No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y, si lo he dicho, lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas;* con lo cual no se puede decir que apunte demasadamente alto, pues en otra ocasión, con no menos seguridad, declaró que de ser reyes y emperadores estaban en potencia propincua los caballeros andan-

tes.— Hay más: el bueno del sastre, con sólo haber echado la tijera á su plan de revolución pacífica, juzgábase por el regenerador del linaje humano y el primer hombre del siglo, cuya celebridad correría hasta los últimos; y despepitábase por darlo á entender así á los demás reclusos, tan locos como él; lo cual era ni más ni menos que machacar en hierro frío. Sancho, á quien poco ó nada se le alcanza de caballerías, fuera de tener cuenta con el Rucio, hállase improvisamente en una bien apurada coyuntura, en que mejor le hubiera quitado su miedo cervical el echar á correr á campo travieso, si necesario hubiese sido, que el entreoir un razonamiento heroico, cuyos ecos se confundían con el furioso estruendo de agua y batanes; y, con ver su amo la conturbación y sobresalto que al mísero agitan, dícele con jactancia de braveza delirante, aunque sin darle, como se deja suponer, un adarme de ánimo ni tranquilidad: *Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama; y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos hicieron.*

Consecuencia natural de esta arrogancia, y rasgo genuinamente vesánico, común á todos los delirios de engrandecimiento, con las variantes que ellos, por su carácter, han de importar, es el envanecerse de haber llevado á cabo hazañas, que sólo tuvieron ser en su fantasía descarriada; pues con la firmeza y resolución de quien defiende una verdad innegable, dice á los Duques estas breves palabras, que parecen un cantar de gesta: *yo he satisfecho agravios, enderezado tuer-tos, castigado insolencias, vencido gigantes y atrope-*

llado vestiglos.— Y, deslumbrado con los resplandores de tantas glorias, no echa de ver que es el *Caballero de la Triste Figura*, nombre apelativo que aceptó por muy adecuado y propio para que, desde entonces, todo el mundo le conociera por la pinta; antes, sintiéndose acaso agraciado y rejuvenecido, desea que su historiador haya puesto fuera de toda sospecha la fidelidad y decoro que siempre ha guardado á *Dulcinea, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos.*

¡Mentiras frenopáticas! ¡Oh! ¡qué feliz rasgo fisonómico de loco lúcido, de monomaniaco por delirio de engrandecimiento! ¡De cuántas mentiras tan arrojadas y graciosas no tengo yo llenos los oídos! Mas todas enamoran por su desenfado, como embelesa, por su candor y frescura, el pensamiento de un niño.

Y dígase ahora en puridad, ¿puede darse estatua de loco simpático mejor modelada?

CAPÍTULO XVI.

IDEALISMO Y REALISMO.

A la lucha de ideas, afectos ó pasiones que arde casi siempre en lo interior del loco, agrégase, particularmente en el lúcido, la que ha de sostener casi de continuo con el mundo externo; en la cual recibe quizá las heridas más dolorosas, y que más exaltan su espíritu, pervirtiéndolo poco á poco, y acaso, á la larga, en cierto modo anonadándolo. Su criterio, que descansa sobre la movediza basa de una sensibilidad é inteligencia patológicas, pone al orate, respecto de las relaciones sociales, en un caso semejante al de aquél que, teniendo vista fina, oído agudo ó buen talento, hubiese de hacer comprender á ciegos cuánto mayor realce da á una pintura la luz zenital que la directa; admirar á sordos con el mágico efecto que, en el punto crítico de una escena dramática, causa quizás un aparte del protagonista; ó discurrir con necios sobre la fecundidad teórica y el sentido práctico de una idea abstracta. En medio de los cuerdos suele estar el enajenado como el extranjero en un país cuya lengua no entiende, y donde tampoco la suya es entendida.

Figurémonos un adolescente de parálisis progresiva, cuyo delirio, casi constante y patognomónico, parece resumirse en el concepto de perfección y superioridad omnímodas y absolutas de su persona. No es un Narciso, ni un Aristóteles, ni un Hércules, ni un Alejandro Magno, ni un Creso, antes un sér elevado muy por encima de todos ellos en hermosura, en ciencia, en fuerza, en poderío y en riqueza. Referir las aberraciones que origina la idea de supremacía, bienestar y holgura, predominante en esta especie de enajenación, sin

duda la más grave y espantosa, sería llenar páginas y volúmenes de ridículos disparates, exageraciones que pasan el límite de lo imaginable, y cuentos más estu- pendos y maravillosos que los de hadas. La posesión de riquezas es principalmente el flaco de estos orates: menos luminares resplandecen en la bóveda del firma- mento, que millones guardan ellos en sus gavetas, ó acaso llevan en sus faltriqueras. Circunscríbese en al- gunos el delirio á términos infinitamente más estrechos, y toma entonces un carácter de moderación, sencillez é ingenuidad que suspende y cautiva.—A uno asistí, tiempo há, que era copropietario de un grandioso case- ríó de Barcelona, bien conocido, y de una de las casas de banca de más crédito y negocio en el comercio de esta ciudad, del resto de España y de las plazas extran- jeras.—Otro hay ahora en mi Manicomio, hombre ma- duro, natural de Zamora, que residió en Pau desde niño, y ha puesto en paz y á partir un piñón á Francia y Alemania, zanjando (no dice cómo) sus dificultades sobre lo de Alsacia y Lorena; en premio de cual ser- vicio, imponderable por cierto, se le ha regalado el *Château* ó palacio de Enrique IV, en la capital bear- nesa: á menudo, henchido de gozo, me anuncia la próxima llegada del *Procureur de la République*, que viene á pedirle instrucciones verbales; también se en- vanece de haber penetrado el arcano de la vida eterna, y, por lo mismo, puede asegurar y asegura que no mo- rirá jamás.—¡Lástima grande que sea tan fatal tanta belleza!

El delirio de estos locos no suele ocasionarles conflic- tos en sus relaciones con el mundo externo, porque la depresión de las facultades, la demencia, característica del mal que los consume, les quita la actividad con que otros enlazan y coordinan sus conceptos morbosos, los enuncian, defienden y acaso convierten en demasías, ó contienden por ellos á brazo partido, y aun con ar- mas si á mano les vienen. Los tales orates, á pesar de

su delirio, que, dondequiera y á todas horas, ha de chocar violentamente con la contradicción, gozan, por punto general, de una paz imperturbable, beatífica, porque la mansuetud á que les fuerza su dolencia, los inhabilita para todo combate íntimo, y más para todo combate externo; pero el de su idealismo con la realidad sensible de las cosas ¿cómo no ha de verlo el observador en el fondo de la condición de estos enfermos, en sus afecciones, en los actos todos de su vida? El hermoso, en vano se mira á la sombra, que anda desgarbado y tiene caídas las facciones bajo el peso del estupor demente, y tal vez señaladas con el estigma del vicio; el sabio, no acierta á escribir dos ideas concertadas, ó no recuerda el nombre de las letras del alfabeto, si las supo; el vigoroso, balbucea, que no habla, pues, trabada y convulsa la lengua, no obedece á la voluntad, tiémblanle las manos, y pégansele los pies; y el fabulosamente rico, vaga, mal cubierto de harapos, por la vía pública, no tiene un mendrugo que llevar á la boca, y es recogido, al fin, en un manicomio, á cargo de la caridad; donde entra muerto de hambre, porque, en su atroz laceria, ha perdido, como otros orates de clases diferentes, hasta el cuasi instinto social de pedir limosna.

Hay en mi Manicomio un respetable sacerdote, de índole excelente, virtuoso, muy instruído, al parecer, en materias eclesiásticas, y bastante aprovechado en humanidades. Adolece de una ya antigua vesania, que podría diagnosticarse de monomanía pura, si con la idea errónea fundamental no anduviera mezclada alguna otra que, si bien guarda con aquélla cierta referencia, destruye, por su carácter distinto, la unidad del delirio, específica de dicha forma de locura. Es *Anacleto*, papa; con lo que basta para entender que no se llama así. Su elección salió estrictamente ajustada á las ordenaciones canónicas; pero el cisma le ha impedido hasta ahora sentarse en la silla de San Pedro. El acto

más ostensible de Jefe del Orbe católico que aquí ejerce, es promulgar bulas, especialmente de excomunión, que no escribe, sino que dice en voz alta, en buen latín é intachable conformidad con el estilo de la Curia romana. Este orate sí que está en lucha continua, no sólo consigo mismo, sino con el mundo externo; aunque sosegada é inofensiva, porque ni dañina, ni siquiera ruidosa, la consentirían la apacibilidad y dulzura de su genio, buena educación y agradable trato. Contra sus pretensiones y deseos, nadie le respeta como á supremo Jerarca de la Iglesia; no se le permite celebrar, bien que tampoco pone empeño en ello; sus letras apostólicas se pierden en el aire del patio donde suele promulgarlas entre la indiferencia de los demás reclusos, ó tal vez las carcajadas de alguno que de ellas no se burla, porque no las entiende, pero sí del vocear y gestear del que las recita; confundido con los locos de su sección, ha de hacer un trabajo manual, decente y nada penoso, que él, sin embargo, califica de bajo y vil con relación á la dignidad que le enaltece; jamás afloja en protestar enérgica y firmemente contra la obediencia á que se le obliga, con menosprecio de su jerarquía; y se doblega de muy mal grado á hablarme en primera persona del singular, y no en la del plural con el pronombre contracto de fórmula, *Nos*, que usa siempre, porque, en su delirante entender, le compete por fuero y derecho.

La locura de Don Quijote es un combate continuo del idealismo, no sólo con la realidad sensible del mundo exterior, sino también con la de sí mismo como sér moral y físico. Un filósofo lo llamaría pugna del *yo* con el *no-yo* y con el mismo *yo*. El entendimiento, menos torpe que inculto, de Sancho, y sus afecciones sociales, pues, al fin, tiene mujer é hijos, apéganle al realismo; y no digo al materialismo, porque el buen hombre cree en Dios, y el materialismo ha descubierto que no le hay. Don Quijote pelea por la fama; Sancho

le sirve por una ínsula. La filosofía del uno es especulativa, y vuela por los serenos espacios de la honra y la gloria, adonde no ascienden jamás los turbios vapores del interés material; la filosofía del otro es esencialmente práctica, casi corpórea, pues está resumida en refranes, de los que él parece llevar cargado un costal; y de sus aplicaciones á la vida ordinaria da razón cumplida diciendo ingenuamente: *el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado*. Así, en el teatro de aquella singular locura, Sancho representa la cordura, y es la piedra de toque con que se prueba y hace experiencia de la disposición del ánimo de Don Quijote en todos sus actos; y es, además, el moderador de las agitaciones y arrebatamientos de su amo. Otro caballero como Don Quijote sin otro escudero como Sancho, á pocas andanzas habría entrado en el período de furor, en que á tantos locos precipita la contradicción indiscreta, represiva ó batalladora; y dado consigo en una jaula de cualquiera casa de orates, donde hoy no se conservaría memoria de él, si no fuese por el asiento de su entrada y de su muerte en el libro de registro. Don Quijote y Sancho nacieron á un mismo tiempo; con pertenecer á condiciones desiguales, juntólos su destino; y mutuamente se completaron y fueron para en uno. Por esto el contraste de sus personalidades es tan armónico y bello.

No ignoro que algunos críticos de calidad se sienten poco inclinados á creer que Cervantes se propusiese representar la lucha del idealismo con el realismo; mas yo hago menos cuenta de ello que de los hechos repetidos en que esta lucha se manifiesta claramente, y con sus alternativas y contrastes da origen á sucesos en extremo interesantes, ora por su filosofía profunda, ora por su invención chistosa. Pudo no imaginarlo el autor; pero que algo parecido, por lo menos, á esto salió de su pluma, es innegable. Las pruebas sobran.

Ya desde el principio idealizó al Hidalgo poniéndole

un nombre que, solamente por la semejanza é igualdad de estructura con los de famosísimos caballeros andantes, elevase el concepto de su persona hasta donde no llegó el de ninguno sino por arte maravillosa, con esfuerzo y heroísmo superiores á los que permite el poder y voluntad del hombre. De *Don Quijote de la Mancha*, únicamente con llamarle así, hizo un personaje legendario, mítico, como Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra, Felixmarte de Hircania; un personaje eximio, cifra de la valentía y grandeza, como el Cid Campeador, que, si bien histórico, era quizá no más que aquéllos conocido del público de entonces, y sin duda menos celebrado. Nunca rocín, que á tachas dejara en zaga al prototipo de ellas, *prenda tan mala para empeñada como para vendida*, se vió reconstituído en su lozanía y pujanza con sólo recibir el nombre de *Rocinante*, que, en la mente de su amo, bastaba para que fuese antes y primero de todos los rocines del mundo. Aldonza Lorenzo, trasmutada en *Dulcinea del Toboso*, es el personaje ideal por excelencia. Ni una vez se la ve; ni una vez se la oye; ni una vez habla entre sí; ni se encuentra huella de su planta; ni se declara el más trivial de sus pensamientos; ni se siente rumor que sea eco de un débil suspiro suyo: pura, como el espíritu, majestuosa, como una deidad, vaga su inefable belleza en la esfera de celeste luz á que sólo se remonta galana y risueña fantasía en el vuelo de entusiásticos arrobos; allá, en aquella excelsa región, donde ni menoscabarla puede el más fugaz, el más leve, el más imperceptible accidente de la materia. Y, sin embargo, está en todas partes; á todo da ser y vida; y para el Caballero es como el genio personal de los antiguos, que le asiste é iníspira, le alienta y guarda, le lleva á las hazañas, le levanta de las derrotas, y le consuela en las cuitas. Su nombre, cuyo mecanismo silábico tiene una eufonía melosa, expresa con ella la dulcedumbre del afecto más cordial y limpio, incita al ren-

dimiento más noble, infunde la esperanza más halagüeña; representa, en fin, la idealidad, que, cerniéndose sobre la realidad material de la naturaleza humana, atráela con incontrastable fuerza de mágico influjo, la hermosea, la ennoblece, la llama y guía al cumplimiento de su alto destino.

A todos idealizó Cervantes; á todos, excepto el escudero, á quien nunca alargó la mano para levantarle enteramente del suelo del realismo. En el registro de la Caballería inscribió el nombre del pobre villano tal y cómo constaba en el padrón de su aldea, si lo había entonces. Llamóle *Sancho*: nombre de nacionalidad inequívoca, símbolo ciertamente de glorias patrias personificadas en reyes belicosos de cuando la santa guerra con los infieles era la suprema razón de estado; pero ya tan vulgarizado, en tiempo del labrador, que no servía sino para identificar personas, sin comunicarles por sí excelencia ni distinción alguna. *Panza* le dió por apellido: vocablo que, sobre tener cerrados los estrados de toda sociedad cortesana, y no hallar cabida en el señorío del estilo culto, es una expresión casi hiperbólica de la realidad corporal en su aspecto menos estético.

En resumen, hiciéralo ó no lo hiciera de industria nuestro sutil ingenio; véanlo ó no lo vean los críticos, los nombres de Don Quijote, de Dulcinea y del mismísimo Rocinante se nos ofrecen bañados de luz de idealismo; así como no hay forma de quitar su llano y humilde realismo al de Sancho Panza.

Por el pronto, ¿se quiere parar la atención en dos pinceladas de los retratos morales del señor y del criado, que les dan, en este respecto, su más exacto parecido? Pues recuérdese lo que cada cual dijo en ocasiones y á personas diferentes. Don Quijote á los Duques: *yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.* Sancho á su Teresa: *yo os digo, mujer, que si no pensase antes de*

mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

Luego tómesese nota de lo que en varias ocasiones y con motivos totalmente distintos razonaron amo y mozo.

Ya que hubieron salido bien aporreados de la venta de Palomeque, quiso advertir el escudero que mejor sería volverse los dos á su aldea, dejando de andar de ceca en meca y de zoca en colodra tras aventuras, que al cabo, al cabo habían de traerles tantas desventuras, que no supiesen cuál era su pie derecho; mas el Andante le contestó: *¡Qué poco sabes, Sancho, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna;* y Sancho replicó: *Así debe de ser, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número) jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.*

Las palabras nada blandas con que respondió Sancho á otras harto duras del Ama, que no quería que entrase á ver á Don Quijote, dieron motivo para un diálogo gracioso, por la derechura ó tino práctico en extremo con que el escudero rebatió una razón del Andante, muy al caso traída, pero más difícil de ser aceptada por quien, no creyendo que los tobillos pudiesen sentir el

golpe que recibió el espinazo, menos había de convenir en que quedase lastimado el espectador, por sólo serlo, de un maltrato ajeno.—*Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.—Eso estaba puesto en razón; porque, según vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias que á sus escuderos.—Engañaste, Sancho, según aquello: quando caput dolet, etc.—No entiendo otra lengua que la mía.—Quiero decir que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y, por esta razón, el mal que á mí me toca ó tocara, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo.—Así había de ser; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y, pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella á dolerse dellos.*

El condumio que Sancho sacó de las alforjas le hizo olvidar pronto el descomedimiento de los toros; y, aunque vió que su amo no comía, empezó á embaular en el estómago pan y queso, dando ocasión á que aquél le dijera: *Come, Sancho amigo; sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas*

por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales indómitos y feroces..... A este idealismo rematadamente frenopático respondió Sancho con el realismo más desatado, y, como para refirmarlo, habló sin dejar de comer á dos carrillos: *Desa manera no aprobará vuesa merced aquel refrán que dicen: « muera Marta, y muera harta: » yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame, y, después de comido, échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo, cuando despierte, se halla más aliviado.*

Esta constante diferencia es la clave de otras muchas en el modo de juzgar amo y mozo unos mismos hechos, sentir unas mismas necesidades, prever iguales contingencias y afrontar iguales peligros.

Acabada la batalla del vizcaíno, llega Sancho á tener el estribo á Don Quijote; mas antes que éste suba sobre Rocinante, híncase de rodillas el criado, y, besando la mano al Caballero, le dice: *Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mío, de darme el gobierno de la insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado insulas en el mundo.* Harto se ve que no se le cuece el pan al buen escudero hasta llegar al logro de sus esperanzas, pues la recién acabada aventura es sólo la segunda de su señor á que él ha asistido, y aun, mirándola cómo se debe, la primera, porque la otra fué á todas luces desventura; pero el sosegado Hidalgo modera la impaciencia del sirviente respondiéndole: *Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á ésta semejantes*

no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos.

La de los molinos de viento fué la susodicha desventura, que, dejando muy maltrecho á Don Quijote y medio despaldado al rocín, dió pie para unas breves razones entre mozo y señor, que dicen cuanto hay que decir en orden á su realismo é idealismo respectivos; éste, con todo, no tan firme, que por un momento no esté á pique de caer en el otro.—*Enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.— Así es la verdad; y, si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.— Si eso es así, no tengo yo que replicar; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.*

No se curó, sin embargo, de averiguar si realmente establecían esta excepción las leyes de la caballería, después que hubo recibido, en pago de su música de rebuznos, aquel tremendo varapalo, que primero le dejó privado, y luego en la peor disposición para responder á la colérica reprimenda de su amo; porque le parecía hablar por las espaldas. Preguntó éste la causa de los profundísimos ayes y gemidos que exhalaba de cuando en cuando, y contestóle el infeliz que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera, que le sacaba de sentido. *La causa dese dolor debe de ser sin duda, que como era el palo, con que te dieron, largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y, si más te cogiera, más te doliera.* Aquí estaba durmiendo, no ya el idealismo, sino el buen sentido del señor: no así el realismo del criado, que saltó súbito con una respuesta do-

nosa y tan elocuente como sus quejas; respuesta que yo procuro tener siempre en la memoria, y quisiera que no la echaran en saco roto algunos que me sé y me callo, para no exponernos jamás al desaire y zumba de recibir por una explicación á lo Don Quijote una réplica á lo Sancho Panza: *¡Por Dios, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿tan cubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga.*

Por lo común, ni la realidad de los aporreos hacía sentir á Don Quijote la de sus malandanzas, ni era poderosa para disuadirle de echarlas en cierto modo á buena parte, sacando argumentos peregrinos que semejan argucias y subterfugios de leguleyo enredador y mañero. Bien molido estaba en el suelo por los estacazos de los desalmados arrieros de Yanguas, sin ánimo ni fuerzas para levantarse, ni sabiendo calcular en cuántos días podría mover los pies, cuando le ocurrió la estrambótica consolación de que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos del agresor, sobre todo si son de su oficio, como estacas empuñadas por yangüeses; pues tal se previene en la ley del duelo. *Digo esto, porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas; y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.* Poco caso hizo Sancho de este distingio de su amo, pues no le daba cuidado alguno el pensar que fuese afrenta, ó no, lo de los estacazos, pero sí se lo daba el dolor de los

golpes, que, al decir suyo, le habían de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

Locó de atar mostró ser el Caballero cuando quiso y logró desatar á los que, atraillados como galgos, iban á las señoras gurapas. Sometióles á un juicio oral, y, si no sobreseyó en sus causas, fué porque sobre ellas habían recaído ya sentencias ejecutorias; y así, sesgando el negocio, lo que no podía darles por justicia les otorgó por gracia. En una arenga, en que no dijo palabra que no fuese desvariada, pues sobre tan ruin pensamiento no había modo de asentar razón alguna, manifestó conocer que todos iban á las galeras muy de mala gana y muy contra su voluntad; y, explicando las circunstancias que podían haber concurrido á que injustamente fuesen condenados, añadió: *todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y Comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz.... porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres....; y á los guardas dijo: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y, cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.* Esta pretensión es semejante á la que conmigo han tenido y tienen muchos orates, y esfuerzan con inverosímil formalidad, cuando no con cierto aparato de mandamiento: que ordene se les abran las puertas del manicomio, y á ellos, y aun á los demás recogidos, deje salir en paz y en salvo, como si dijéramos á tambor batiente y ban-

deras desplegadas, por ser también duro caso que hombres cuerdos estén encerrados como locos. No dice el cronista que el Comisario se hiciese cruces, pero sí que respondió: *¡Donosa majadería! ¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo! Vaya vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.— Vos sois el gato y el rato y el bellaco.* A las palabras del Andante siguió su hecho; y á éste la sarracina que ya se sabe.

Sin duda, más que lastimaban en el cuerpo á Don Quijote los palos y peladillazos, heríanle en el alma la inconsideración y el menosprecio de la calidad de caballero andante que se atribuía, y la befa con que sus alardes generosos saludaba la gente necia y malintencionada; bien así como á nuestro pobre sacerdote menos mortifican las impugnaciones de sus conceptos patológicos, que las sonrisas de compasión y chacota que sus ínfulas papales excitan en los interlocutores.

Después que el camaranchón de la venta ardió, cual Troya, por el indeliberado robo de aquella Elena, que había por nombre Maritornes, volvió receloso el cuadrillero para ver al molido Andante, de quien pensaba que era muerto; y, como lo hallase hablando con Sancho, quedó suspenso de manera, que, llegándose á él, le dijo: *Pues ¿cómo va, buen hombre? ¡Oh qué imprudente llaneza! Hablara yo más bien criado, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero! Ímpetu de cólera é increpación propios, naturales, característicos, de monomaniaco de engrandecimiento. Un candilazo, que dejó muy bien descalabrado á Don Quijote, fué la réplica que á su respuesta dió el irascible agente de la Santa Hermandad vieja de Toledo.*

Al despedirse del ventero el Andante, llamándole

alcaide de aquel castillo, agradecióle las mercedes que en él había recibido, y mostró deseo de pagárselas vendándole de algún soberbio que le hubiese hecho algún agravio, pues su oficio no era otro sino valer á los que poco podían, vengar á los que recibían tuertos y castigar alevosías; *recorred vuestra memoria, anadió, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo, por la Orden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.* Música celestial para Palomeque. *Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen; sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.* No izquierdeaba el supuesto castellano, aunque de zurdo tenía apodo, antes dió á entender que era asaz ambidextro para salir airoso de todo empeño á que su honra le llamara: y verdaderamente en sus palabras rebosaron la nobleza y valentía, con cierto altivo y casi fiero desdén, que al pueblo español entonces, como ahora, distinguían, hasta en las condiciones más humildes, á tal de honradas. Admirándose Don Quijote de que aquella fuese venta, y no castillo, dijo, entre otras razones, las siguientes, que provocaron una réplica del ventero y una contrarréplica del Hidalgo.... *lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere.....—Poco tengo yo que ver en eso: págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.—Vos sois un sandio y mal hosta-*

lero. Largóse el Andante sin pagar un solo cornado; pero, conforme suelen decir que él último mono es el que se ahoga, Sancho, que no pudo andar tan listo, satisfizo por su señor y por sí con el manteamiento, que nunca tuvo en olvido, ni perdonó, como al morir no fuese, ni se avino jamás, á pesar de todas las persuasiones y fantasías del Caballero, á creer que se hubiese hecho por arte de encantamiento, sino por obra del realismo, que con vituperable holgura ejecutaron hombres de carne y hueso, que se podían ver y tocar, se dejaban sentir y se llamaban, cuál Pedro Martínez, cuál Tenorio Hernández, por modo bien vulgar y diferente de los Fris-tones y Alquifes.

Grande engaño padecería quien creyese que los referidos y otros aun más expresivos rasgos acabalan el retrato moral de Sancho, distinguiéndolo del de Don Quijote, y dejando bien deslindada la contradicción entre la índole positivista é interesada del mozo y el aliento soñador y generoso del amo. Yo digo que mal llegará á conocer á Sancho quien sólo fijare la vista en aquellas facciones que, por la mayor parte, no le acreditan de hermoso, siendo así que otras le ponen, sin sombra de duda, en predicamento, no ya de hermoso, mas de hermosísimo. Recuérdese lo que le dijo la Duquesa cuando, invitado, vino á pasar una tarde con ella y varias personas de su servidumbre. *De lo que el buen Sancho me ha contado, me andaba brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: «Pues Don Quijote de la Mancha es loco, men-guado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue, y va ateni-do á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y, siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse á sí, ¿cómo sabrá gobernar á otros!»* ¿Qué respondió el escudero? *Par Dios, señora, que*

ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígame vuestra merced, y hable claro ó como quisiere; que yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, días há que había de haber dejado á mi amo; pero ésta fué mi suerte y ésta mi malandanza. No puedo más, seguirle tengo. Somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiéreme bien, es generoso, dióme sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón. Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios; y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que, magüera tonto, se me entiende aquel refrán de «por su mal le nacieron alas á la hormiga;» y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador..... y torno á decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto..... ¡Qué delicado corazón, y qué buen entendimiento debajo de aquella rústica corteza! Terció en la plática doña Rodríguez con una de sus habituales simplicidades, que hizo reír á la Duquesa; la cual, según escribe á renglón seguido el historiador, no dejó de admirarse de las razones y refranes de Sancho. Si yo hubiese estado allí, vamos á suponer, no conteniéndome en los límites de la admiración contemplativa, habría corrido gozoso á ceñir con mis brazos el cuello del escudero y darle el ósculo de paz en la frente; porque aquellas palabras tuyas merecen tanto como las hazañas de Don Quijote entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas. Háblele dicho la Duquesa, cuando le vió acudir á la cita, que se sentase como gobernador y hablase como escudero; y, á la verdad, de que como gobernador se sentara mis dudas tengo, pero sé bien, pues lo he visto, que á lo simple escudero no habló; á lo sabio, sí, y mejor que muchos sabios, porque habló á lo cristiano. Como una vez el Bachiller, apostrofando á Don

Quijote, le llamó hermoso y bravo, así yo, en aquella ocasión, habría saludado á Sancho alabándole de hermoso y bueno. ¡Oh pareja ejemplar! Tanto vale por escudero Sancho como por caballero Don Quijote. Y nada importa que en esta historia de maravillosos contrastes represente Sancho el realismo, pues el realismo que en su persona puso Cervantes, no es como el realismo que hoy está en moda, rastrero, descreído y procaz; el cortesano del vicio y hostigador de la virtud; el roído de envidia, atosigado de odio y fácil á la desesperación; sino el realismo inherente y necesario á la naturaleza humana, el templado con la fe, avigorado con la esperanza y animoso con la caridad; el ávido de penetrar en las oscuras y tal vez sórdidas miserias de la tierra, pero alumbrándose con la límpida luz del cielo; el que, repugnándole la desnudez inverecunda de las formas, cúbrela siquiera con un sutil cendal de honestidad: realismo, en fin, radiante de belleza, como sabían pintarlo nuestros clásicos, más artísticos en éste y otros particulares que muchos escritores modernos, de cuyos cuadros hay que apartar los ojos, ya con rubor, ya con indignación, siempre con lástima.

Hecha esta digresión indispensable para dar al retrato de Sancho el perfecto parecido, ó poner en su punto el realismo que el honrado escudero personifica, y confiando que el lector estimará justa la causa que me movió á cometerla, reasumo la parte esencial de mi discurso.

Estaba el Caballero comiendo, junto á una fuente-cilla, con todos los que le sacaron de Sierra Morena para la expedición micomicónica, cuando acertó á pasar por allí un muchacho, que, al verle, acometió á él, y, abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito diciéndole: *¡Ay, señor mío! ¿no me conoce vuestra merced? Pues míreme bien; que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.* Reconocióle Don Quijote,

y, asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: *Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes*, y les contó la zurra que al mozo estaba dando su amo Juan Haldudo el Rico, vecino de Quintanar, por no pagarle la soldada, y á quien tomó juramento que le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados: *¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde; no te turbes, ni dudes en nada; di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.* La respuesta del muchacho fué muy distinta de la que esperaba Don Quijote, refiriendo haberle dado de nuevo su amo tantos azotes, que le dejó hecho un San Bartolomé desollado, y puesto en la necesidad de estar hasta entonces curándose en un hospital: *de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y, como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.* Bien quiso el Caballero echar un remiendo á la cosa; mas ella no tenía compostura, ni tampoco Andrés la deseaba sino para su estómago, que le estaría ladrando delante del refrigerio de aquella comitiva; y sin duda sólo por ver si de él sacaba raja, se detuvo con pretexto de darse á conocer á Don Quijote. Por esto le dijo: *Déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos*